

gozamos, por consiguiente, de una generación de post-guerra, des-
preocupada, inteligentísima y elegantemente despiadada. No nos
faltaba sino eso para ser felices. Poseemos marina de guerra y
generación de post-guerra. Quizás no podamos llamarnos repú-
blica de trabajadores como presuntuosamente llamaron los es-
pañoles a la suya; pero no sería excesivo llamarnos república de
pedantes.

Mientras se esfuerzan los altos poderes en la tarea de demo-
cratizarnos, mayores defensas buscamos nosotros, cuando me-
nos en el idioma, para aristocratizarnos. Residencia, mansión lla-
man ahora orgullosamente a cada nueva morada que se levanta.
Nadie vive en casa —eso sería muy cursi—, ni habita en el barrio
de San Diego o de Chapinero. ¡No faltaba más! ¿En dónde vive
el señor o la señora Tal? En su mansión en el barrio residencial
de Teusaquillo o del Nogal.

Residencia, mansión, señores y señoras de mi mayor consi-
deración y aprecio, significan exactamente lo mismo que mora-
da, albergue, en fin, que casa, que es la más bonita, la más sim-
pática y la más acogedora de esas palabras. Tan en residencia
vive un obrero del Paseo Bolívar, como un pseudopotentado de
Santa Teresita. Perdónenme ustedes que les quite esta ilusión.

Aquí se hacen campañas por todo y para todo. ¿No sería muy
oportuno que intentáramos una cruzada contra la alteración de
los vocablos, contra la inflación verbal, contra la desfiguración
desenfrenada de los valores? Refieren que alguno preguntó a
Confucio, cercano ya su fin: “Maestro, si Dios te concediera una
sola cosa, ¿qué le pedirías?” Respondió el filósofo: “Que recobren
las palabras su valor literal”.

Lampiños y barbudos

Dos jovencitos de la última hornada acaban de publicar en
la “Revista del Rosario” un extenso y erudito artículo titulado “El
Espíritu Mosaico”. Los vínculos que a uno y otro de ellos me li-
gan, lejos de cohibirme para analizar ese escrito, me obligan en
cierto modo a hacerlo.

Atacan ellos fieramente al grupo de intelectuales que a me-
diados del siglo pasado se congregó en torno de “El Mosaico”, cé-

lebre periódico que les servía de órgano, y sostienen que “El Mo-
saico” es algo más que una escuela literaria, que vivió la vida de
los tranquilos letrados que concurrieron a las gratas tertulias de
entonces. Favorecen, pues, sin quererlo, a sus víctimas, desde
luego que les atribuyen una proyección sobre la historia del país,
mayor de la que ha sido costumbre atribuírseles aun por sus más
fervientes devotos; y justifican la existencia de aquella escuela,
al opinar que antes de aparecer en escena los barbudos contertu-
lios de don Pepe Vergara “existía una filosofía mosaica, un tem-
peramento mosaico; y este espíritu mosaico había dirigido a Co-
lombia a través de casi toda su vida y en casi todas sus activida-
des”.

Que el espíritu que informó a los mosaicos existe en cierto sec-
tor de la sociedad colombiana, y que por derivarse principalmen-
te de las condiciones físicas de las altiplanicies, ha tenido espe-
cial influencia sobre la vida colombiana, es cosa que no pode-
mos negar. Y por tanto es innegable que hay mosaicismo antes
del mosaico, en el mosaico y después del mosaico.

A mi entender el fenómeno es éste: el espíritu colonial espa-
ñol se prolongó a través de la república, y en él vino a injertar-
se a mediados del siglo pasado el romanticismo. Prendido este in-
jerto, y muy bien prendido, culminó el mosaico. Y como espíritu
colonial habrá en la altiplanicie andina mientras la tempera-
tura media fluctúe allí entre los trece y los catorce grados del
centígrado, y romanticismo, a pesar del ridículo de que se le ha
cubierto, habrá en tanto que las almas sientan la necesidad de
defenderse de ciertas asperezas de la vida, tenemos que “El Mo-
saico”, en una u otra forma, constituye una modalidad permanen-
te de nuestra existencia nacional. Ya verán los lampiños glosa-
dores del pasado cómo, más pronto de lo que ellos lo suponen,
principiarán a sentir la necesidad de cubrir sus huesos con el ba-
yetón, y de precaverse del frío interior con una mediana dosis
de romanticismo; entonces serán ellos mosaicos despreciables pa-
ra los hijos de sus hijos.

Concretémosnos a estudiar el caso mosaico en su época efec-
tiva, la de su florecimiento literario, y veremos cómo los hombres
que lo formaron y pusieron en moda entonces, no son los respon-
sables del desvío que se inicia hoy fuertemente con el artículo pu-
blicado en la revista del más tradicionalista de nuestros colegios.

Bogotá, en la época en que tuvo auge la mentada tertulia, era una ciudad de escasa población, cuyas características estaban más próximas a las de un centro provinciano que a las de una capital nacional. Era la más mediterránea, la más aislada de las ciudades de América. Todos se conocían; todo pasaba más o menos en familia, en confianza; y de confianza tenía que ser y fue su literatura, la literatura mosaica.

Los periódicos no alcanzaban a ser negocio; fueron apenas una entretención. Las gentes se reunían a leerse sus escritos; las familias, a representar las comedias hechas en casa, porque como el pan y la colación y el chocolate, la literatura también se hacía y se comía en casa. Todo esto tiene su razón de ser, su atractivo, su valor y sus debidas proporciones. Todo esto debía dar, y efectivamente dio, una literatura agradable, simpática, sana y superficial. Pretender que "El Mosaico" sea la flor y la nata de la intelectualidad de un pueblo, es tener de ese pueblo una pobre idea, poseer un caudal de aspiraciones colectivas en extremo limitado, y carecer en absoluto del sentido de la medida. Y esto es que el "Viaje a Ubaque", "Mi cometa", "Las Tres Tazas", "La Niña Salomé", representan la cumbre de la literatura colombiana de todos los tiempos, es lo que han dicho y sostenido distinguidos escritores actuales, y esto lo que, por contragolpe, ha venido a producir la reacción antimosaica que acaba de exteriorizarse en el escrito que comentamos, y equivale a proclamar como la última palabra en punto a estrategia las correrías empíricas de "Guascas" y "Mochuelos".

Eran, sin embargo, los mosaicos capaces de mucho más de lo que hicieron. Lo prueban la "Historia de la Literatura" de Vergara, y los afortunados trabajos de Marroquín en la novela. Habría dado cada uno más de sí, a haber consagrado sus sobresalientes cualidades a alguna tarea más seria dentro de sus aficiones. No fue así; pero en descargo de ellos es justo declarar que el ambiente del momento que vivieron no permitía ir más lejos de lo que fueron. Hoy mismo, después de medio siglo de silenciadas sus plumas por la muerte, la reproducción de sus escritos cautiva a muchas gentes. Tanto ha persistido ese ambiente entre nosotros.